

(01024)

La Tribuna de Mospintoles

Eran las siete y cuarto de la mañana y López ya llevaba media hora levantado, como cada lunes. A las ocho y media, indefectiblemente, había reunión del Consejo de Administración de sus empresas. En esas reuniones se incluía el Consejo de Dirección del Rayo de Mospintoles, el equipo de la ciudad, ahora por fin en segunda división.

En la cama aún estaba Teresa, todavía durmiendo, una veinteañera escultural, fogosa como pocas en el arte de amar. La joven, apenas tapada por la sábana, yacía completamente desnuda, y López la contemplaba con voluptuosidad desde el cuarto de baño anejo a la habitación.

El empresario se había afeitado, luego se había desayunado y ahora estaba aseándose. Teresa le había dejado agotado esa noche. En realidad quedaba agotado cada vez que dormía con ella. López pensó que tal vez su forma física se estaba resintiendo. Hacía tiempo que había entrado en la cincuentena.

La joven cambió de posición y ahora se veían perfectamente sus piernas, largas, y sus nalgas marmóreas. Teresa era una belleza y lucía el cincelado cuerpo de una deportista. Además era inteligente. ¿Hasta cuándo duraría aquella relación contra natura?, se preguntó López.

En ese momento se le resbaló el vaso de cristal y golpeó contra la loza del lavabo. Aunque lo retuvo a tiempo de evitar que el vaso se hiciera añicos no pudo impedir el ruido que produjo el choque. Teresa se despertó.

—¿Ya te ibas a ir sin despertarme, papá?

—No te cansas de esa broma, ¿eh? En buena hora te felicité por tu ocurrencia.

—Me hace gracia el respingo que pegas cada vez que te lo digo.

—El otro día, en aquella cafetería, estuvo bien... Fue ingenioso y ello me evitó aparecer como un gigoló asaltacunas. Pero cuando estamos en la cama se me antoja irreverente.

—En "La Cama", estábamos el otro día —continuó bromeando Teresa—. No te inquietes, no es más que un juego.

—No me gusta mucho. Tengo años como para ser tu padre de verdad.

—¿Qué es lo que no te gusta? ¿El *yuyu* que te da la irreverencia o que me doubles la edad?

La joven se había levantado, y en total desnudez había cruzado la estancia; ahora estaba sentada en la taza del retrete, orinando. López admiró sus pechos pequeños —o no muy grandes por mejor decir— que vibraban con sus movimientos sin ir a ninguna parte cual dulce gelatinoso.

—Si te apuras te puedo acercar al centro. Hoy tengo reunión en el ayuntamiento.

—Prefiero remolonear un poco más, si no te importa que me quede en tu casa —la joven se había levantado, y tras vaciar la cisterna había pasado por detrás de López, que ahora se ajustaba la camisa mirándose en el espejo, y le había arañado el trasero.

—Sabes bien que puedes quedarte aquí cuanto quieras. Hoy no vendré hasta por la tarde. Pero algún día me complacería encontrarte en casa cuando vuelva.

—Sabes bien que tengo que trabajar —remedó Teresa, que se había sentado en el borde de la cama en algo parecido a la posición del loto y presentaba una estampa de lo más sugerente, ofreciendo a la vista del varón el vello de su sexo, delicadamente dibujado—; aunque hoy entro algo más tarde.

López pensó que era una lástima tener que marcharse, pero la imagen de María Reina, con quien se había citado, le animó en su despedida.

—Teresa, encanto, me tengo que ir —López había terminado de anudarse la corbata y tras recoger la americana abandonaba ahora la habitación. Bajó por las escaleras hacia la espaciosa sala que hacía de recibidor en su lujoso chalé.

Teresa se levantó de la cama, bajó las escaleras tras él, y dando un par de potentes zancadas le alcanzó y de un brinco se subió en la espalda de López, que era bastante corpulento aunque la joven fuera algo más alta que él. Teresa lo abrazó cariñosamente y le mordisqueó una oreja.

—¿Cuándo nos vas a echar una mano? Necesitamos ese dinero —le dijo en voz queda junto a su oído.

López, divertido, giraba para desmontarla. La había agarrado por una nalga y tiraba de ella hacia fuera. La joven, lejos de molestarse, fingió un gemido de placer. López sabía que la chica era terrible.

—Ya te he dicho que no me gusta el waterpolo —Teresa había logrado afianzarse sobre las caderas del empresario y ya no era posible descabalgarla; apretaba con sus muslos los costados de López mientras sus largas piernas colgaban como hubieran hecho las de don Quijote en su jamelgo. López notó el sexo de la joven restregándose contra sus riñones, por encima de la chaqueta.

—Pero te gusto yo. Y quiero que nos patrocines. No perderás mucho con todo lo que tienes. Nos conformamos con poco.

—Te prometí que os conseguiría un patrocinador, y estoy en ello.

López, riendo, se había dejado caer de espaldas sobre el sofá, y ahora Teresa había aflojado la presa.

—Pero lo necesitamos antes de que comience la temporada —le dijo Teresa mirándole ahora a los ojos.

—Lo tendrás... —López la besó en la boca.

El beso se fue haciendo más intenso y López hubo de separarse.

—Me tengo que ir Teresa, de verdad. Si pudiera me quedaba contigo otro par de horas más. Pero tengo que ausentarme.

—Cada domingo que duermo en tu casa me dices lo mismo. Sé que tus obligaciones no te van a dejar hacerlo nunca.

—Un día te daré una sorpresa.

—Siempre me sorprendes... Pero no te olvides de mi equipo.

López ya se había levantado del sofá, se había arreglado la chaqueta, y ahora estaba cerca de la puerta.

—No encuentro a nadie que vea interesante esa acción de patrocinio sobre el waterpolo, Teresa. Ni siquiera os dan cobertura en la prensa regional. Sólo os sacan en La Tribuna.

La Tribuna de Mospintoles era el semanario gratuito de la ciudad que subsistía con la publicidad de los comerciantes de la zona. Era una especie de gaceta de sociedad aderezada con noticias que el propio ayuntamiento proveía. Trataban de ser críticos pero no podían, so pena de disgustar a un sector de anunciantes y perder clientela. Mezclaban torpemente opinión e información, y pretendían con ello hacer periodismo independiente. López detestaba aquella publicación, aunque lo cierto es que tenía éxito entre la gente mayor, pero poco más.

—Y ahora ya ni eso —confesó, triste, Teresa.

—¿Cómo así?

—Cierran... O eso me ha soplado un buen amigo.

Él se paró en el umbral y se volvió para interesarse por lo que la joven le acababa de decir.

—¿Cómo de bueno? —López pareció ansioso en su pregunta.

—Pues un buen amigo, y nada más —dijo Teresa a la defensiva.

—Me refiero al soplo, ¿cómo es de bueno? ¿Tiene credibilidad tu fuente? —

López no era para nada celoso, o al menos así se conceptuaba.

—Mi amigo trabaja allí. O trabajará hasta que cierren. Están haciendo los despidos amistosamente y en silencio. No quieren ningún revuelo. Pero poco a poco lo va a ir sabiendo toda la población. A mí me lo dijeron el sábado.

A López se le iluminó la cara y se le dibujó una sonrisa que no era de indiferencia precisamente.

—Me voy con prisa Teresa. Me acabas de alegrar el día. No sabes la noticia que me acabas de dar.

—Pues hijo, tampoco es como para alegrarse —elevó la voz Teresa viendo que López se iba definitivamente—. Mi amigo se va al paro...

—Dile que no se preocupe, que si es bueno en lo suyo yo le daré trabajo.

—¡Acuérdate de mi patrocinio...!